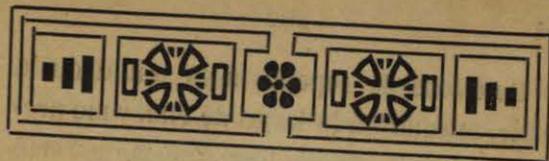


Púsose él también súbitamente serio, y dejóme libre al punto. Arranquéme entonces del cuello el *foulard* blanco que llevaba, y sin apearne de mi dignidad, sin volver la cara siquiera, extendí la mano por la espalda, con el aire de un Alejandro ofreciendo una venda á Darío.

—Véndate eso—le dije.

Alargó él la punta del pie hasta recoger el pañuelo de mi mano, y atóselo en la suya, diciendo con mucha gravedad, como si respondiese á sus pensamientos:

—¿Sabes que para estar tan próximos á la mayor edad, somos los dos bastante chiquillos?...



V

ERMÁRONSE las paces, por tácito acuerdo, y proseguimos nuestro camino uno al lado de otro, como Diego Ordóñez y Arias Gonzalo cuando el reto de Zamora.

Había cesado la lluvia y era la temperatura tan suave y apacible como suele ser en Andalucía el mes de Marzo.

Hallábanse las calles solitarias, á obscuras muchas de ellas, y reinaba en todas ese profundo silencio de la noche, que la sosegada vida de provincia hace comenzar tan temprano.

Entramos por una calleja estrecha y tortuosa, como en las antiguas ciudades morunas se encuentran á cada paso. Marchaba Boy delante, pegado á la acera, y en un período, al parecer, de perfecta calma y reposo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Detúvose de repente á la mitad de la calle, mirando á lo largo de ella, y me preguntó muy bajito, en tono que me pareció sorprendido y azorado:

—¿Qué calle es ésta?...

Seguí la dirección de sus miradas, alerta y receloso, temiendo se le antojase dar también las buenas noches á un gato trovador que maullaba en un tejado.

Era aquella calle el centro del comercio, y ocupábanla á derecha é izquierda numerosas tiendas, de lujo en su mayor parte, cerradas todas entonces, más que por lo avanzado de la hora, por la picante atracción que las fiestas de Carnaval han tenido siempre para los horteras.

Una sola se veía abierta á lo lejos, y allí era donde Boy miraba.

Colgaban á su puerta varios capuchones y disfraces, con un transparente iluminado, en que se leía:

SE ALQUILAN TRAJES DE MÁSCARA

Por encima de éste destacábase en la obscuridad una gran farola blanca, coronada por un deforme pajarraco de latón,

con visos de papagayo y honores de ave del Paraíso, digno de que lo estudiara Plinio, y lo clasificara Linneo, y le hubiera dedicado Buffon uno de los cinco suplementos á su *Discurso sobre la naturaleza de los animales*.

En los cristales deslustrados de la farola, leíase por un lado en letras encarnadas: *Se afeita, corta y riza el pelo*.—Por el otro: *Se confeccionan pelucas y toda clase de postizos*.—Y en el cristal de enfrente: *Peluquería del Pájaro verde*.

Sobre el umbral de la puerta, recostado contra el quicio y con los brazos cruzados, hallábase un hombrecillo, envuelto en el foco de luz que de la tienda brotaba, cortando las tinieblas de la calle.

Aquél era Joaquinito López, *el Pájaro verde* efectivo, como el hombre de Platón, bípedo y sin plumas.

Era el peluquero un tipo hermafrodita, afeminado viejecillo, asqueroso y repugnante, no por lo desaseado, sino por lo limpio. Conservaba una cabellera larga y espesísima, que era gala de su presunción y reclamo de su industria.

Negra como las alas del cuervo, á fuerza de cosméticos, exhibíala á todas horas á la

puerta de su tienda, como muestra de su habilidad, desnuda, peinada, rizada y reluciente, á la manera que otros peluqueros exponen en sus escaparates, sobre bustos de cera, sus pelucas y postizos.

Trascendía toda su persona á perfumes averiados, desechos de la venta, que empleaba en sí mismo. Poníase polvos de arroz, dábase colorete en las arrugadas mejillas, y pintábase las cejas, sombra inútil de dos ojillos grises que dejaban relucir demasiado esa mirada maliciosa, de lúbrico cinismo, que de la cortesana impenitente pasa á la vieja celestina, y dura en ésta hasta la muerte. La voz era de falsete, el habla de hembra andaluza de cabo de barrio, los andares y meneos de bailarín en pleno escenario.

Los desocupados de cierto casinillo famoso que no lejos de la tienda había, gente toda maliciosa con sus puntas de bellaca, llamábanle *Ninon*, en memoria de la famosa cortesana que conservó fresca su belleza hasta los ochenta y cuatro años.

Siente el corazón súbitos fríos y repentinos calores, como los siente el cuerpo mismo, y uno de esos fríos impensados se

apoderó del mío al ver detenerse á Boy á la vista de aquel ente ruin, que se aparecía entre luces y tinieblas, como media hora antes su hija Mariquita de todos los demonios, cual si presagiase ésta el principio, y aquél el desenlace, del sangriento drama que había de tener lugar allí mismo, en aquel reducido recinto, entre tarros de bandolina, cabellos postizos y andrajos de carnestolendas.

No es, pues, extraño que bajo, esta temerosa impresión, contestase á Boy en el mismo tono azorado en que me había hecho su pregunta, á media voz, medroso, como si escuchase ya junto á mí los callados pasos de lobo del crimen:

—Esta calle es la de Algarves.

Volvióse Boy bruscamente al oír este nombre, y echó á andar en dirección opuesta á la que traíamos, diciendo:

—Yo no paso por ahí... Vámonos por otro lado.

—Pero, hombre—exclamé, deteniéndole por el brazo,—si por aquí salimos frente á mi casa.

—Pues lo mismo saldremos por otra parte.

—Hay que dar un rodeo muy grande.

—Pues lo daremos...; te digo que por ahí no paso.

—Pero ¿por qué?... ¿Por qué?—exclamé volviendo á impacientarme.

—Porque no me da la gana.

Era éste siempre el *ultimatum* de Boy, sin más excusas ni razones, y bajé la cabeza y seguí mansamente, intimidado esta vez por lo que en él veía y lo que en mí mismo estaba sintiendo.

Habíale visto antes estremecerse al solo nombre de Joaquinito López, pronunciado por la Porrata; veíale ahora, á él, tan fuerte y atrevido, espantarse y retroceder á la vista de aquel hombrecillo, como dicen que se espanta y retrocede el león á la vista de una serpiente; y era todo esto más que sobrado para hacerme comprender que me quedaba aún por acertar parte del logogrifo, y que allí, en aquel repugnante viejecillo, estaba sin duda la clave principal que pudiera descifrarlo.

Absorto yo en estos pensamientos, y abismado Boy en sus cavilaciones, llegamos á la plaza de los Astures, sin haber cruzado una palabra.

Ocupaba todo el frente de la plaza el antiguo palacio de los Condes de este nom-

bre, donde á la sazón tenía yo mi morada.

Era el Conde hermano de mi madre, y había sido mi tutor y mi apoyo en la triste orfandad en que á la muerte prematura de mis padres vine á quedarme.

La Condesa, por su parte, hizo conmigo oficios de madre, y jamás se borrará de mi memoria el recuerdo de aquella santa mujer, verdadera personificación de la bondad y la prudencia.

Habitaba yo en el palacio de los Astures un ala aislada, con puerta independiente, cuya ligera descripción parece necesaria para la fiel inteligencia de todo lo que pasó en aquella noche inolvidable.

Flanqueaban el palacio dos macizos torreones almenados, dejando en medio la gran fachada principal, de posterior fábrica, con su pesado herraje escarolado, su enorme puerta enriquecida con dos medias columnas dóricas, y rematada por el colosal blasón de los Astures, y su elegante crestería de piedra labrada, que corría de torre á torre, y coronaba el señorial y vetusto edificio como una diadema la frente de una noble anciana.

En el ancho friso de la puerta leíase, en-

tre platerescas labores, esta inscripción latina:

*Dominus custodiat introitum tuum et exitum tuum
ex hoc nunc et usque in saeculum. Amen (1).*

Llenaba, como antes dije, esta monumental fachada todo un frente de la plaza, y flanqueábanla, al par de los torreones, dos estrechas callejuelas, llamada una de *la Zorra*, y otra, la de la izquierda, de *las Siete revueltas*, por ser otras tantas las que había que franquear hasta su salida, que formaba justamente la esquina de la peluquería del *Pájaro verde*.

Era la calleja sombría aun á la luz del sol, y hacíase de noche temerosa, por prestarse sus revueltas á emboscadas y asechanzas.

Formábanla por un lado las tapias del jardín de los Astures, y por otro las altísimas del convento de las Dueñas, y no había en toda ella otra puerta ni resquicio que la del torreón izquierdo del palacio, que era donde yo habitaba, y otra puerte-

(1) El Señor guarde tu entrada y tu salida; ahora y siempre. Amén.

cilla misteriosa, allá en el extremo opuesto, entrada falsa y aun más falsa salida del nido del *Pájaro verde*, Joaquinito López, peluquero y prestamista.

Sobre esta infame puerta que en aciagos momentos franqueé una vez en la vida, había una muestra miserable de madera, en que se leía:

LA BIENHECHORA

Se presta dinero sobre prendas y alhajas.

Aquella era la caverna, bien conocida de menesterosos y perdidos, donde ejercía Joaquinito López su oficio de usurero, mientras por el otro lado, en la reluciente peluquería de la calle de Algarves, trabajaban sus hijas las pelucas y postizos que servían de tapadera á la vil industria de su padre.





VI

SERVÍAME yo de la puerta del torreón tan sólo para mis entradas y salidas nocturnas, cuando podían ellas turbar la quietud y el orden admirable que reinaba en casa de mis tíos.

En las demás ocasiones entraba y salía por la gran puerta de la plaza, y comunicábame siempre con el resto del palacio por una galería de cristales, con vistas al jardín, que arrancaba del torreón de *las Siete revueltas*.

Tenía yo entonces un criado belga, fidelísimo, llamado Celestín, y éste era el que me servía y cuidaba de mi departamento, cuya puerta á la calleja no tenía otra seguridad ni otra defensa que un gran pica-orte interior durante el día y un enorme cerrojo que por las noches dejaba Celestín corrido.

Todo esto expliqué á Boy muy por menudo, al entrar, para hacerle ver mi independencia y quitarle los reparos que de molestar en casa de mis tíos le asaltaron de pronto.

Apresuréme á mandar á Celestín al hotel de Roma, para recoger las maletas de Boy y pagar la cuenta que debiese, pues era nuestro intento marchar á las seis de la mañana de mi casa á la estación directamente.

Díle al mismo tiempo mis órdenes para que á la misma hora estuviese la berlina enganchada, el chocolate dispuesto, limpia y preparada la ropa que yo necesitase y Boy pidiese; y como no fiara demasiado en la puntualidad de Celestín al despertarse, puse yo mismo mi despertador en hora y coloquéle sobre la mesilla de noche, á la cabecera de la cama, por si el sueño nos rendía, hartos ya de charlar, como era más que probable.

Mientras tanto, parecía Boy haber recobrado toda su alegría y petulancia al verse bajo techado. Sin conceder siquiera una mirada á la regia tapicería de cueros de Córdoba, al artesonado riquísimo del siglo XV, y al curioso zócalo de azulejos

moriscos con extrañas inscripciones, que hacían de mi aposento una verdadera preciosidad arqueológica y artística, paseábase de un extremo á otro muy de prisa y al compás de la marcha de Pepe-Hillo, que cantaba á grito pelado, como si fuesen las doce del día, poseído otra vez de furor filarmónico:

«Vamos á los toros,
Vamos sin tardar,
Todos los pucheros
Suenan á compás.
¡Cuánto en la corrida
Vamos á gozar!
¡Viva Pepe-Hillo,
Diestro singular!»

Acompañaba sus cantos y zancadas con garbosos meneos manolescos, que encajaban á maravilla en su airoso cuerpo, y despojábase al mismo tiempo de su traje de pierrot, arrojando por el suelo las prendas, aquí el puntiagudo sombrero, allí la peluca, acullá el ropón, más lejos la gorguera y los guantes.

Llególe el turno á un cinturón que traía de cuero avellana con hebilla de plata, y el mismísimo diablo de la indiscreción tiró entonces de la manta.

Colgaban del cinto sendas cadenas de plata que desaparecían en los respectivos bolsillos, y al arrancarse Boy bruscamente todo aquel arreo, salieron pendientes de las cadenas varias preciosas baratijas de *argent torse*, moda que á la sazón privaba, y enredado entre ellas, como acusador inesperado, como indiscreto *enfant terrible*, que señala una mancha ó descubre un secreto, salió también el ramito de *muguet* que había visto yo dos horas antes, peregrinando del hombro de Pierrette al pecho de Pierrot.

Saltó el ramito del bolsillo disparado como de un obús, y vino á caer sobre la mesilla de noche, entre mis manos casi, mustio, aplastado y marchito, como si buscara en mí amparo y justicia, y quisiera contarme sus euitas y peregrinaciones.

Cogíle yo prontamente, en el aire, como se coge á la calva ocasión por su mechón de pelos, y levantéle en alto, cual triunfal insignia, sin hacer caso de la iracunda mirada de Boy y su rápido movimiento, dominado al punto, para lanzarse sobre mí y quitarme el ramo.

El geniecillo maléfico de la importunidad ponía en mis manos la revancha, y no

fuí lo bastante generoso para desecharla. —¡Pobre flor!— dije mirando el ramo como D. Quijote las bellotas cuando el discurso de la edad de oro. Inocente flor, desgraciada y perseguida; emblema del botarate presumido y galante... (1). ¿De dónde vienes?... ¿Adónde vas?... ¿Has pasado de la mano de una náyade del Manzanares, á la de un tritón del Océano, que te puso primero sobre su corazón de barro cocido, y te zampó después en un bolsillo tenebroso en que había cigarrillos de Canet y fósforos de Cascante?... ¿Huyes del Zenón de palo, del Epicteto de *caoutchouc* que te privó de la luz y del aire, porque cree que las flores sois, como él, un armazón que no siente?... ¿Quieres volver á los negros cabellos de la náyade que te entregó en mal hora, como prenda de dulces sentimientos?... Enjuga tus lágrimas, perfumada imagen del desengaño, que yo te llevaré á ella, con tal que me digas la fuente en que habita y el nombre á que responde...

Y como el ramito no estaba muy versado

(1) Llámase en francés figuradamente *muguet*, al joven que alardea de elegancia en el vestir y galantería con las damas.

en la *Guía de forasteros*, y ni chistó ni resolló siquiera, de puro conmovido sin duda, añadí con perversa intención, haciendo mangas y capirotos de Moratín en persona:

«¿Quieres decirme, *Muguet florido*,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa *Belisa* mía,
Que fatigado buscando vó?...»

Mientras ensartaba yo esta serie de intencionadas paparruchas, envolviase Boy, sin decir una palabra, en un *plaid* escocés que á los pies de mi cama había; mas cuando llegué á sustituir el nombre de *Dorila*, que pone Moratín, con el de *Belisa*, anagrama del de la Condesa de Bureva, náyade del Manzanares y presunta dueña del ramito, levantó el tritón del Océano fieramente la cabeza, y fijó en mí sus ojos de acero, con aquella mirada especial suya, que parecía taladrar los cráneos.

—¡Valiente majadero!— exclamó con cierta inquietud muy cercana de la cólera.—En mi vida he oído oratoria más cursi. ¿Qué dama elegante ha de llamarse *Melisa*?...

—No he dicho *Melisa*, que es cosa de

botica, sino *Belisa*, que es nombre de reina.

—De pastora, querrás decir.

—De reina, digo; y te convencerás tú mismo si descompones el anagrama, como aquella patrona de huéspedes en cierta comedia:

«Es consecuencia precisa,
Que Bel-isa, es Isa-bel.»

Esto dije con grande énfasis y burlón aplomo, y entonces fué el trueno gordo. El nombre de Isabel pareció causar en Boy el efecto de una rociada de agua bendita en el más nervioso de todos los diablos, y yo mismo retrocedí un paso, temiendo haber tirado demasiado de la manta.

Enfurecióse de repente, como la llama que encuentra una corriente de aire; arrancóme de una manotada el malaventurado ramito, que asustado yo le puse por delante á guisa de escudo, y arrojólo, sin mirarlo, en el gran cubo de porcelana que para verter las aguas había junto al lavabo.

Consumado este acto, que más bien que de justicia ó de venganza me pareció de maquiavélico disimulo, tumbóse de un salto en mi propia cama, boca arriba, envuelto

en el *plaid* como estaba, y con dos gimnásticas flexiones de las rodillas, disparó sus zapatos de raso al Septentrión y al Mediodía, como disparan los indios salvajes sus flechas para saludar al sol cuando sale y cuando se pone. Uno cayó dentro de mi jofaina, llena de agua de jabón, por descuido de Celestín, y allí comenzó á navegar mansamente; el otro marchó hacia el Norte, en busca de la Osa Menor sin duda, y se detuvo, y allí quedó, en la cornisa de donde arrancaba el artesonado del techo.

Y á renglón seguido, arrellanándose tranquilamente en mi cama, y encendiendo un cigarro, me dijo como si tal cosa:

—Pues como te iba diciendo...

—¡No! ¡No!—le interrumpí, aun no repuesto de mi susto.—Si no me decías nada.

—Pues si nada te decía, te digo ahora—prosiguió él, imperturbable—que para darte verdadera idea de mis desdichas, necesito remontarme al origen de todas ellas.

Parecióme que llegaba al fin la tan ansiada hora de las confidencias, y acomodéme á mi vez, lo mejor que pude, bien abrigado y pertrechado de cigarros, en una *chaise longue* que frente á frente y paralela á la cama había.

Boy dió principio á sus confianzas con esta inesperada pregunta, que vino á sumar otra incógnita más en el sistema de ecuaciones que había planteado ante mi curiosidad aquella noche.

—¿Te acuerdas tú de la señorita de Bollullo?...



BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO